



Evangelio y Culbota

Hora Santa: *“Por caridad, te lo pido”.*

Álvaro Carmona López



ORACIÓN PRIMERA

Tú sí que vas por la calle
con el tiempo, caminando,
como siempre lo habías hecho,
como el cielo lo ha soñado.
Murcia es la contraseña,
Tú eres su itinerario.
Solo al decir “Caridad”
nos hemos reconfortado

mientras tú eras la calle
y nosotros, los que vamos,
presumiendo de tu amor
entre miradas y abrazos.
Tú sí que vas por la calle
cuando eres lo que hablo
y también la rebeldía
de quererte sin descanso.
Vía Crucis del Dolor
hecho promesa con años
y los años, son la vida,
que Tú nos has regalado.
Tú sí que vas por la calle
con la flor de los milagros,
repartiendo en las ventanas
más consuelo que otros cantos,
que se hacen de sirena
sin Jesús Crucificado.
Eres estante en Vigilia,
el sonido de un zapato.
La humildad de quien te sigue,
la virtud del que callado
tan solo sabe pensar
para seguirte, rezando.
Eres eso que no cuentan
en prensa, telediarios,
pero sí lo que se dice
en comedores y cuartos
donde eres la Caridad
del mendigo y del hermano.
Tú sí que vas por la calle
para seguir presentando
la verdad que no se oculta,
la oración, el Verbo Santo
y eres una mirada,
con el Cristo del Amparo.

San Nicolás en tu pulso,
este Viernes es sagrado
porque lo cantan los cielos
-esos cielos que esperamos-
“Amparo por Caridad,

Caridad que se hace Amparo.”

Tú sí que vas por la Calle
Caridad de lo más alto,
pidiéndote en un espejo
Gloria y honor del Amparo.

Para que todos te vean
tus ojos no se han cerrado
porque, aunque estás en tu Iglesia,
es el viernes, tu otro tramo,
para hacerte Vía Crucis
tan solo hay que soñarlo.

Porque tu nombre recuerda
algarabía y noctámbulo,

Tú si que vas por calle
pregonando y pregonando.

Y esta es nuestra lección
-hay que seguirte- y cuánto
hay que aprender con el Cristo
que todos necesitamos.

Hoy sé que vas por la calle
de hospitales y de manos
que entrelazan otros dedos,
que soportan otros tantos
y eres calle que no cesa
y Vía Crucis humano.

Por eso, pena ninguna,
lo que hay, es lo que ha dado.

Porque Cristo es la calle
que sin salir, presentamos.

Porque Cristo es Caridad
más allá de cuenta y cuartos.

La Caridad es la vida
que a la calle presentamos.

Por eso abre las puertas
del corazón a tu hermano
y ahora que es Cuaresma
sé Caridad, cuerpo Santo,
medalla que no se olvida
y tradición del murciano.

Las puertas, ya están abiertas,
Cristo es la calle de un Salmo.

Porque Caridad se dice
Gloria y Honor de su Amparo.
Porque va la Caridad
por la calle que soñamos
repartiendo Caridad
y más que andar, hoy gozamos
de ser hijos de este Dios
que ha venido a regalarnos:
la Caridad de la vida
que es quererlo sin descanso.

LA ORACIÓN EN EL HUERTO

Orando a Dios, te sometes
al espesor de la plata,
allí está la Caridad
en pos de lo que haga falta.
Los murcianos con sus velas,
con velorios de aguas santas
toman de nuevo los puertos
para esperarte con ansias
de otra vida junto a ti
en otro tiempo, si ganas,
al que ha querido vencerte
en mil y una batallas.

Pero tú has vencido siempre,
viviendo dentro del alma.

Y vives porque no mueres
en estas siete palabras.

Siete cosas son de Murcia
por las saetas quebradas
del cante por seguiriyas
o de un balcón, la plegaria.

Siete cosas en los labios
dejando el verso su capa,
en todas las oraciones

que desde tu ermita viajan
a todas partes del mundo
para adherirse a tu causa.

Siete cosas que no dices,
siete cosas que te callas.

Siete puñales que son

el taranto y tu alcazaba,
y flores en las esquinas
donde el dolor te reclama
y atraca en tu corazón
el tañir de una campana.
En los ángeles de Murcia
también tiemblan las entrañas.
Siete cosas que se pierden
cuando a lejos, tu espalda,
es vela que se hace puente
para soñar el mañana.
Siete es lo que te suma
bajo el sudario que tapa
la pureza del Señor
y la piel donde se escapa
ese manantial de fe
que a todos nos amilana.
Y setenta veces siete
perdona el Cristo tus faltas.
Siete miradas que son
toda la Semana Santa.
Y en siete veces te digo
que me iré por donde vayas,
hacen falta más que siete
para sentir que me abrazas,
igual que la luna al sol
cuando el Sábado traspasas
y el paraíso es eterno
al mirar cómo te marchas.
Aquí te tengo Dios mío
frente a frente, cara a cara.
Y ahora qué sabes que siete
son los besos que te daba,
aquí entrego el corazón,
sabiendo que en la añoranza
estás siempre con nosotros
para enseñarnos sin pausa...
¡Siete cosas donde viven
los secretos de su alma!
¡Siete cosas de Oración
que Murcia reza en tu cara!

LA FLAGELACIÓN

Hay aquí conversación.
Porque creen darle su merecido
en la espalda a nuestro Dios.

Conversaciones de luna.
Donde duele, si golpeas
el corazón de la turba.

Donde viajan latigazos
de ese lado, hasta otro lado,
y entiéndase la palabra

porque dan y luego dan,
lo que luego volverá
a ser sangre por su espalda.

Y preguntas si las guerras
han dejado a los cautivos,
en desiertos sin fronteras
por maldades y egoísmos,
de unos pocos que se creen
que son dueños de lo íntimo.
Nadie entiende los por qué
de lo que pasa y has visto.
Nadie sabe por qué duele
perder a quien has querido.
Uno a otro se consuela,
el corazón abatido
ya les cuesta respirar
en el silencio del grito.
No comprenden el dinero
que distancia a los amigos
y las familias que tienen
y les quitan a sus hijos,
toda la felicidad
partiendo en dos su cariño.
Han hablado del poder
que se corrompe con vicios.
Han hablado de los cargos
que mandan sin ser queridos

por aquellos que se ordenan
para servir a su Cristo.
Sabén los dos que la vida
se consume en un suspiro
y es que a base de peleas
no se llega a ningún sitio.
Tienen sus sillas pegadas
para contarse al oído,
que la vida se interrumpe
por tan viles genocidios,
como el aborto pagano
o el maltrato que ha sufrido
esa mujer por un hombre
que nunca jamás la quiso.
Ellos hablan del amor
que marchitara su lirio.
El amor que se desborda
si es que duele lo que quiso,
el pasado y el presente
y el futuro aguerrido
que no sabe del querer
por no cree ni lo ha visto.
Así se pasan las horas.
Así el tiempo lo ha querido
y hay columnas que dan vida
solo viendo su martirio.

LA CORONACIÓN DE ESPINAS

Me has hecho un hombre de sombras
donde todo sabe a ti
siguiendo la voz que flota

en el mar de capirotes
que en la tarde de los sueños
van repitiendo tu nombre.

Siento el aire en tus melenas
cadencioso por la altura
que en las pupilas reflejas.

Ay, tu cara, cómo se envuelve

sobre los patios que en flor
ante tu paso se ofrecen.

Cristo mío. ¡Qué belleza!
En tus ojos estoy vivo
de los pies a la cabeza...

A ver cómo te lo explico
Si cuando vuelvo a mirar,
Estoy viéndome a mí mismo...

La historia termina así
tú quieres que yo te siga,
yo te quiero para mí.

Y nos pondremos de acuerdo,
Tú me miras a los ojos
y yo te doy con mis besos

el amor que tiene el mundo
guardado en los corazones
que saben que ya son tuyos.

Y te lo quiero contar
para que puedas volar
sobre las torres cercanas...

no vaya a ser que te quedes
y luego a noche mueres
sin que te llegue el mañana.

Va Coronado de Espinas
y este hombre va a morir
para entregarnos la vida.

Coge mi mano, Maestro
que tú sabes que lo nuestro
poco a poco se termina.

Por mucho que pasa el tiempo
o nos aleje el silencio...
El corazón no te olvida.

Tengo versos en la boca
que se estrellan si no rozan
el cielo donde te miras.

Tengo contigo una deuda
que quiero que la resuelvas
para dejarte sin prisas.

Seguir abriendo los ojos,
que coronado de Espinas
Dios se palpa con un rostro

que te habla por los sueños.
Este Dios que me cautiva
es el Dios de los despiertos.

Cada espina en su cabeza
hace de puente divino.
En cada espina, el destino,
es corona y realeza.
De una corona, empieza,
el reinado duradero.
Este Rey por el que muero
se coronó ante la gente.
Dios también fue penitente
de un humano carcelero.

NUESTRO PADRE JESÚS CAMINO AL CALVARIO

Sin lugares y fronteras,
nos quiere a todos lo mismo.
Es la oración del que reza
sin celebrar que ha venido.
Es el que acude a la misa
sin estar arrepentido
y escoge el primer lugar
para ser por todos visto.
Este Jesús no te juzga,
es todo lo que te ha dicho.
Es el Jesús de los pobres,
del que vive con lo mínimo.
Del hombre que nada tiene

porque todo lo ha perdido,
por haber querido mal
o muy poco. Da lo mismo.
Es el Jesús de las cuentas
del trabajo que le pido,
para que todos los hombres
sean con Él elegidos
en esa felicidad
que da comer con los hijos
mientras la mesa se llena
de alegría y conformismo.
Ese Jesús te convierte,
es más que un Padre, es Cristo.
El que curaba leprosos,
el que cuidó a sus amigos
y enseñó que en la palabra
podíamos ser discípulos.
Fijaros con que mensaje
en su paso viaja el hijo
del Dios que vive en el cielo
por los siglos de los siglos.
Y hay quien dirá que no ve
más allá de su ostracismo.
Tan solo basta la fe
para creer lo que has visto.
Sal a las calles Jesús
para que vean los signos
de que eres lo primero
del cristiano empedernido.
Sal sabiendo que vendrás
cansado y arrepentido.
Habrá muchos que no escuchan
la moraleja al oído.
Nosotros aquí quedamos
para esperarte rendidos,
en la fe que nos enseñas
en las aguas del bautismo.
A ti la gloria del mundo
que es el mundo que has vivido.
Ese Jesús somos todos
por todo cuanto vivimos.
Todo el pueblo se hace tuyo

aunque no quieran decirlo.
Es tuya porque los hombres
son los dichosos discípulos
que siguen a tus zancadas
bajo el rubor del espino.
Y Murcia viene detrás
sosteniendo los delirios.
Por si te caes, te levanta,
tan solo con un suspiro.
El corazón del cristiano
somete el pulso a tu ritmo.
Y Nuestro Padre Jesús
no naufraga en desvaríos.
Y en esa tarde del Sábado
ponte de nuevo en camino,
te esperamos con las cruces
con que nos has bendecido.
Jesús, de nuevo a la gloria
para quedarnos contigo.
Porque sabemos que existes.
Porque eres Dios de los siglos...
Deja que cargue tu Cruz,
Señor de los elegidos.
Porque eres la razón
porque somos tus discípulos...
Una oración a tu paso.
El corazón recogido:
¡Tiene Murcia por tu nombre
las cruces del paraíso!

SANTA MUJER VERÓNICA

Tiene un pañuelo en sus manos
para poder ayudarlo
y viendo que Él sentía,

cogió también fortaleza
del Calvario que atraviesa
cada uno con su vida.

Ese pañuelo de fe,
se mezclaba con aquel

que, del cielo, vino y era,

y era tanta su verdad,
que Verónica serás
al llegar la primavera.

En un lienzo, una pintada.
En un cielo, una mirada
por la que ver a tu Dios.

En la tierra, la Esperanza,
de ver como Dios te alcanza
y vive en tu corazón.

Esa plegaria que entiende
sus maneras y comprende,
que hay tiempos que no son tuyos.

Esa oración es la mía.
Esa oración que sabía
que Dios estaba en el mundo.

Verónica es tu madre
y también será tu hermana.
Es lo que viene a faltar
y también eso que extrañas.

Adelante si es por ella.
Sin temores ni fracasos.
Pues solamente por verla

la Madre que ya no llora,
es la hermosura latente
de las lágrimas que brotan

haciendo brotar claveles.
¡La Virgen tiene un pañuelo
donde llorar, si es que puede!

Adelante como siempre.
Adelante porque es ella,
eso que tanto defiendes

y es trabajo y es esfuerzo.
Y es orgullo que en cofrade
está en lo malo y lo bueno.

Adelante con el rezo
que tu madre te enseñara.
Adelante porque Dios
estará cuando haga falta.

Adelante la hermandad
y también la cofradía.
Adelante que el Señor
quiere ver nuestra alegría.

Y ese pañuelo en sus manos-
-que sabe de humanidad-
se hace lienzo y verdad
y orgullo de los cristianos.
Ese pañuelo que damos
para que otro se cure.
Un pañuelo que asegure
que su sangre es medicina.
Y es esta obra divina,
la que ha hecho que lo jure.

SAN JUAN EVANGELISTA

Nosotros somos San Juan. Hombres y mujeres de hoy, buscando respuestas en la voz de ayer, que es más actual que nunca. Como somos “Juan”, sin género, porque para Dios todos somos iguales, recibamos el mensaje de forma idéntica. Porque Dios nos habla y está pendiente de nosotros. Sin duda alguna.

Entonces... “Este Jesús, hace que todo se transforme, que se torne en algo nuevo en que creer. Este hombre, condenado a muerte, no tiene medidas ni aspecto, ni tan siquiera un rostro. Este Jesús, me provoca, me confunde y hace que cuestione todo lo que creo normal.

Tengo miedo y él me dice: ¡Ánimo!
Dudo y él me dice: ¡Confía!
Me siento angustiado y él me dice: ¡Tranquilo!
Prefiero estar solo y él me dice: ¡Ven y sígueme!
Fabrico planes y él me dice: ¡Déjalo!
Busco bienes materiales y él me dice: ¡Despréndete!
Quiero seguridad y él me dice: ¡No prometo nada!
Quiero vivir y él me dice: ¡Da tu vida!

Creo ser bueno y él me dice: ¡No es suficiente!
Quiero mandar y él me dice: ¡Sirve!
Quiero comprender y él me dice: ¡Cree!
Quiero claridad y él me habla en parábolas.
Quiero ser el más grande y él me dice: ¡Sé como un niño!
Busco el primer puesto y él me dice: ¡Ponte en el último lugar!
Quiero ser visto y él me dice: ¡Ora en lo escondido!
Busco comodidades y él me dice: ¡Niégate a ti mismo!
Reclamo justicia y él me dice: ¡Presenta la otra mejilla!

No entiendo a este Jesús. Me provoca, me confunde. Al igual que tantos discípulos también yo quiero hallar otro maestro, que fuera más claro y que exigiera menos. Pero me sucede como a Pedro, no conozco a nadie que tenga, como él, palabras de vida eterna”. José Antonio Maya, Pbro

MARÍA DOLOROSA

Fue la musa del pincel
que creó la encarnadura.
La expresión que aún perdura
escrita sobre el papel.
Es la que eriza la piel
si te busca en la mirada.
Esa estampa remarcada
que en la cartera protege.
La imagen donde se teje
una promesa esperada.

Devoción donde se escribe
el amor que da la vida.
Ciencia exacta repartida
por aquel que en Ella vive.
Ciento por uno recibe
el que confía sin ver.
Tan solo falta saber
que la Virgen nunca falla.
En el corazón se halla
para que puedas creer.

Tembloroso el recorrido
ennegrece a cada paso,
hay regueros en el raso
sin parámetro medido.

El azahar confundido
abierto en flor la recibe,
por si todavía vive
la fe que la conoció
y que nunca se olvidó
porque lo anhela y le escribe.

Para que vivas conmigo
por donde quiera que vaya
y si la vida me falla
me encuentre siempre contigo.
En tu calor y en tu abrigo
estará por Ti, mi vida,
cuando encuentre la salida
y la entrada al paraíso.
Sé que será de improviso
cuando sienta tu venida.

Tienes la Semana Santa
prendida por tu figura
Te pido, Madre, cordura
por si mi amor se adelanta.
Y ya ni la pena aguanta
a consolarte Señora.
La quiero porque atesora
en Ella, toda mi vida.
Porque Ella es la que cuida
al mundo, hora tras hora.

Día a día te recibo
con esta misma ilusión.
Te entrego mi corazón
para sentir que estoy vivo.
En ti he encontrado el motivo
para en vida, no fallarte.
Nunca dejaré de amarte
por todo lo que me das.
Y sé que siempre estarás
para volver a encontrarte.

SANTÍSIMO CRISTO DE LA CARIDAD

Delante de ti, el Cristo.
Poderosa conjunción
al ver lo que nunca has visto

y sin embargo, existía.
Lo que existe, ahora es,
Cristo en la Eucaristía.

Si lo llamas, Caridad,
deja entonces de pensar
que Cristo nunca te atiende.

Si lo llamas Caridad,
entonces comprenderás
que Cristo contigo viene.

El Señor está contigo
no está siendo indiferente.
El Señor es de la gente:
padre, compañero, amigo.
El Señor es tierra y trigo,
mundo, amanecer y cielo.
El Señor es lo que anhelo
en las noches más oscuras.
Y es ahí cuando maduras
la palabra en un desvelo.

La Caridad es rescate
que no entiende de medidas.
Es Señor es lo que olvidas
pidiendo que te desate.
El Señor es un combate
donde se avista la fe.
El Señor es lo que es:
un silencio estremecido
que vuelve, sin ser oído
y es tu promesa, también.
El Señor es la osadía
de siempre pedirle más.
El Señor es lo que das:

tan humana rebeldía,
se hace dolor y elegía
para contarte una pena.
El Señor es lo que llena
lo que nadie más llenó.
El Señor, será tu Dios:
no llores que Él, no ordena.

Si lo llamas, Caridad,
deja entonces de pensar
que Cristo nunca te atiende.

Si lo llamas Caridad,
entonces comprenderás
que Cristo contigo viene.

El Señor es lo complejo
y es un camino sencillo.
El Señor es un bolsillo
que solo esconde un consejo.

El Señor es un espejo:
“lo que ves, es lo que soy.”
El Señor es donde voy
y es el tiempo prematuro.
El Señor es lo que auguro
que mañana es siempre hoy.

El Señor es la locura
y también la medicina.
El Señor es la doctrina
de amarte sin amargura.
El Señor es la bravura
de un beso que no se da.
El Señor es lo que irá
por delante, si tú quieres.
El Señor es lo que eres:
obra suya, barro y sal.

El Señor será el camino
también la Cruz que te hiere.
El Señor es quien prefiere
verte, aquí, de peregrino.

El Señor es tu destino:
no vayas a confundirte.
El Señor es ir o irte,
si te quedas o te vas.
Y solo el Señor sabrá
donde ha de conducirte.

El Señor es la alegría
de quien vuelve hasta su casa.
El Señor es quien te casa,
El Señor es “mío y mía”.
El Señor es la agonía
de no saber lo que viene.
El Señor es lo que ordene
tan humano corazón,
que por tener la razón:
te da lo que te conviene.

El Señor será la vida
de otra vida que tendrás.
El Señor todo será:
amor, gozo, ser y herida.
El Señor no es despedida
ni un final que sea humano.
El Señor nunca es en vano:
pues el Señor que lo sabe
hará que tu vida acabe
cogiéndote de la mano.

Si lo llamas, Caridad,
deja entonces de pensar
que Cristo nunca te atiende.

Si lo llamas Caridad,
entonces comprenderás
que Cristo contigo viene.

NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO EN SUS MISTERIOS DOLOROSOS

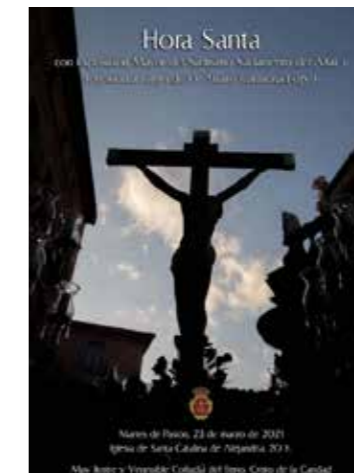
Tiene el llanto de tus ojos
un perfil entre las velas.
Son las lágrimas cristales

donde reflejas la pena
de ir siguiendo a tu hijo
y estar viendo que lo llevan
en la cruz que te destroza
tu corazón con cadenas.
Eres guapa en la negrura
y eres Reina en la tristeza.
Lloras sabiendo que eres
nuestra mejor compañera,
la que nos dejara Cristo
para el tiempo que nos queda.

Eres Rosario, la vida,
esa vida que no pesa
porque vivirla contigo,
es Rosario y vida eterna.
Eres beso que no calla
y eres Madre sin fronteras.
El puñal que te traspasa
va recogiendo las venas
y siento cómo caminas
para apaciguar la espera
de llegar hasta el Altar
que te promete la Iglesia.
Todo un año que te quiero
regalar cuando te vea.
Todo un año de ilusiones,
todo un año sin más tregua.
Eres Madre que en Dolores
dejas el alma repleta
y nos llenas de Esperanza
cuando la vida se encierra
y es dolor y enfermedad
la congoja y la quimera.
Eres candil en la sombra,
procesión del alma abierta
y cuando la noche cubre
con aquel manto de estrellas...
Colores tiene tu nombre
tu recuerdo ya se queda
y vuelves, porque volviendo,
Rosario es nuestra Reina.

La noche entera sostuvo
el dolor de tus perfiles,
era un llanto que en abril
roto por el negro anduvo.
Todo tu amor se entretuvo
en volvernos la mirada.
Pero en el cielo fijada
se derrumba la hermosura
y es perfecta tu figura
al firmamento enmarcada.

Es la hora de decirte
que hay besos que no se olvidan
aunque se marchen y pidan
un camino para herirte.
Aunque pensaras en irte
nunca más te dejaría,
pues no existe lejanía
que en el corazón se calle.
Aunque mil veces batalle
mi vida te entregaría.



La Virgen de los Dolores de la iglesia de Santa Catalina y los apóstoles del Paso de la Cena de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno. Dos obras de un mismo autor, restauradas posteriormente por unas mismas manos.

Juan Antonio Fernández Labaña

De todos es conocido que la Virgen de los Dolores que se venera en la iglesia de Santa Catalina es obra de Francisco Salzillo, al igual que las trece imágenes que componen el Paso de La Cena que procesiona cada Viernes Santo por las calles de esta ciudad. Pero, ¿tienen estas obras algún otro nexo de unión que no sea el escultor que las llevó a cabo? Pues sí, las manos que después las restauraron y dejaron en su interior el rastro de su paso, como a continuación vamos a ver.

FIG.1

El estudio científico de la obra de arte, una valiosa fuente de datos para conocer el devenir de la obra a lo largo del tiempo.

Retrocedamos hasta el año 2010, fecha en la que, con motivo de las Jornadas Mundiales de la Juventud, el Paso de La Cena de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno fue restaurado en los talleres del Centro de Restauración de la Región de Murcia. Una intervención que llevó aparejado un profundo estudio -tanto estratigráfico como radiográfico- de las trece imágenes que componen el grupo escultórico, a fin de conocer al detalle cual era su estado de conservación, así como conocer en qué habían consistido las restauraciones que hasta ese momento se habían hecho sobre el grupo.

De los muchos datos que se descubrieron durante aquel estudio, subrayaré uno muy concreto, el que mostró -primero a través del estudio estratigráfico, y después mediante la fase de limpieza- que las actuales cenefas que cada uno de los apóstoles llevan en el cuello y mangas de sus túnicas no son originales, sino que se trata de una aportación posterior, un añadido aplicado en una antigua restauración (probablemente la primera que sufrió el grupo). Un aditamento realizado por otras manos distintas a las de Francisco Salzillo, dado que las esculturas presentaban, en origen, unas cenefas doradas con oro fino al agua con trabajos de troquel (algo similar a lo que presenta la imagen de Cristo); como así mostraron posteriormente las catas realizadas en algunos apóstoles.

Una decoración original en oro fino que, debido a su más que deficiente estado de conservación, tuvo que ser enrasada con yeso, cubriéndola casi para siempre; repolicromando de nuevo la escultura con nueva capa de color que se complementó con el añadido de una nueva decoración; aplicada en este caso no ya con la técnica del dorado al agua (como así estaba el dorado original), sino con una técnica mucho más sencilla y más rápida de aplicar, la del mixtión (muy probablemente, al aceite). Una técnica de dorado que aporta un aspecto mate al oro aplicado, sin la brillantez y delicadeza que el dorado al agua.

FIG 2, 3, 4 y 5

Una aportación que plantea dos preguntas al respecto, ¿quién fue el autor de esta decora-

ción? y, ¿cuándo fue aplicada? Respecto a la autoría del trabajo, a día de hoy, y con la documentación existente en el archivo de la cofradía¹, es algo que no se puede responder. Por lo menos desde el punto de vista documental. Y en lo que se refiere a la datación, dado igualmente el vacío documental existente en aquellos años, tan solo podemos afirmar que se trata de una aportación que fue aplicada anteriormente a 1862, ya que de esa fecha son las primeras fotografías que se conocen del Paso de la Cena; realizadas con motivo de la visita de la Reina Isabel II a Murcia. Unas instantáneas donde las imágenes de los apóstoles del Paso de La Cena ya presentan estas cenefas superpuestas. Por lo que es evidente que éstas fueron aplicadas con anterioridad a esa fecha. Muy probablemente a finales del siglo XVIII.

En el proceso de análisis estratigráfico, fue extraída una muestra de la efigie de San Felipe, justo en la zona donde existe la decoración de la que estamos hablando. Una muestra cuya secuencia estratigráfica coincidía con el resto de muestras extraídas en el resto de imágenes, revelando no solo la técnica policroma empleada por Francisco Salzillo en este grupo, sino también que la gran mayoría de imágenes (salvo Cristo y las zonas de carnaciones de San Juan) habían sido repolicromadas desde antiguo, muy probablemente a finales del siglo XVIII; quedando este nuevo estrato separado de la policromía original por una capa que fue identificada por el laboratorio como “resina diterpénica”, y que probablemente se trate de una resina de conífera; es decir, un barniz. Una capa claramente aplicada por el escultor o artífice que se encargó de la restauración de las imágenes, aplicada con la finalidad de aislar los estratos antiguos, preparando la superficie para recibir una nueva capa de color. Estrato que, en el caso del apóstol San Felipe, solo estaba compuesto por una especie de pátina translúcida realizada al óleo, con la finalidad de matizar -que no cubrir- el color morado subyacente original, dado que el estrato subyacente no estaría del todo mal, no siendo necesario aplicar una capa completa de color². Una nueva capa de color sobre la que se aplicó, con una técnica similar a la del mixtión, una lámina metálica de oro fino, sin bruñir, y de una menor calidad (95% Au / 4% Ag / 1% Cu) que el oro primitivo aplicado por Francisco Salzillo (97% Au / 2% Ag / 1% Cu).

SAN FELIPE (PASO DE LA CENA). COFRADÍA DE NUESTRO PADRE JESÚS NAZARENO. MUESTRA OBTENIDA EN LA CENEFA DORADA				
Capa Nº	Color	Espesor(micras)	Pigmentos	Aglutinantes
1	Blanco	250	Yeso, anhidrita, dolomita (trazas), negro carbón (trazas)	Cola animal
2	Pardo rojizo	5-10	Albayalde, negro carbón, azul de Prusia, tierra roja (trazas)	Aceite
3	Azul	20-40	Albayalde, azul de Prusia, calcita (trazas), tierras (trazas)	Aceite
4	Rosado morado (dos capas)	30	Albayalde, laca roja, tierra ocre, calcita, azul de Prusia (trazas)	Aceite
5	Pardo oscuro translucido	0-15	-	Resina diterpénica
6	Pardo oscuro	0-10	Tierras (trazas)	Aceite
7	Dorado	5	Pan de oro (Au 95%, Ag 3%, Cu 2%)	-

¹El archivo de la Cofradía de Nuestro Padre Jesús Nazareno no está completo, presentando ausencias muy significativas en lo referente al siglo XVIII, sobre todo en su segunda mitad.

²Pátina semitransparente que se diferencia de otras donde la capa de color era completamente opaca. Lo que lleva a pensar que había imágenes que estaban en peor estado que otras, necesitando de una intervención más en profundidad, con aplicación de color incluida.

Tres años después de aquella restauración, en 2013, era intervenida, en el Centro de Restauración, la imagen de la Virgen de los Dolores de la iglesia de Santa Catalina, otra obra de Francisco Salzillo que, al igual que la mayoría de imágenes de la Cena, también había sido repolicromada debido al mal estado de la policromía original³. Pudiéndose apreciar, en el análisis estratigráfico, como las cenefas doradas actuales tampoco eran las originales, sino una aportación posterior, con exactamente la misma aleación, y la misma técnica, que lo hallado en las imágenes del Paso de La Cena. Lo que evidencia que unas mismas manos restauraron ambas obras, subsanando los desperfectos que presentaría la policromía original. Haciéndolo al modo en el que tradicionalmente se restauraba antes, es decir, repolicromando y aplicando nuevas decoraciones si el autor del trabajo así lo consideraba oportuno.

FIG. 6 y 7

¿Quién pudo intervenir ambas obras?

Tal y como hemos podido ver, se sabe, gracias a la fotografía anteriormente citada del Paso de La Cena (datada en 1863), que en ese año ya estaban aplicadas estas cenefas, por lo que la pregunta es obvia, ¿quién pudo ser el autor de las mismas?. Una cuestión a la que solo podemos responder con propuestas, ya que como se ha expuesto anteriormente, nos encontramos ante una ausencia total de documentación al respecto en ambos casos. Pudiendo poner sobre la mesa, únicamente, el nombre de escultores anteriores a esa fecha. Una serie de artífices de los sabemos que, igual que hacían obra nueva, también se encargaron de restaurar obras más antiguas; caso de Francisco Sánchez Tapia o de su maestro Santiago Baglietto, ambos conocidos por sus restauraciones de obras de Salzillo; el primero por su intervención sobre los pasos de la cofradía a final del siglo XIX, y el segundo por su intervención en la Virgen de las Angustias de San Bartolomé. No olvidándonos que algún escultor activo a finales del XVIII y principios del XIX, bien pudo haber realizado el trabajo, caso de Roque López o Marcos Laborda, etc. Poniendo sobre la mesa también a un buen aficionado a la escultura y con conocimientos suficientes como para poder hacer ese tipo de trabajo -y que además se encontraba próximo a la Cofradía de Jesús de aquellos años-, caso de Patricio Salzillo, comisario de túnicas de la Cofradía y antiguo oficial en el taller de su hermano Francisco Salzillo. De quien se sabe que restauró alguna que otra obra. Un buen número de nombres que podemos rebajar a la mitad al analizar los pigmentos que dan forma al estrato azul sobre el que se encuentra las cenefas doradas de la Dolorosa de Santa Catalina, compuesto por albayalde y azul de Prusia. Donde debo resaltar la perfecta molienda de los pigmentos, así como la presencia de éste último azul, ya que se trata de un pigmento muy usado por Francisco Salzillo y su entorno, siendo menos empleado por los escultores del siglo XIX al existir otros azules ya en el mercado.

No siendo éste el único nexo de unión que presentan estas dos obras. Pues en el estudio radiográfico de ambas se encontró un elemento metálico de refuerzo que se repetía de forma idéntica en las dos (concretamente en la imagen de Judas Iscariote del Paso de La Cena).

Un cilindro de hierro, ligeramente doblado, que se encuentra uniendo internamente una de las manos de ambas efigies (la Dolorosa y Judas). Un refuerzo que viene a sustituir la espiga de madera original con la que Francisco Salzillo unía las manos al antebrazo. Y que al fracturarse, en una restauración posterior, fue sustituida por el hierro cilíndrico al que hago mención. Un elemento que, a diferencia del pigmento azul antes mencionado, se aproxima más a escultores del XIX como Baglietto o Sánchez Tapia; sobre todo si analizamos las radiografías del documentado y firmado Cristo a la columna de Blanca, obra de Francisco Sánchez Tapia, en el que podemos ver elementos de fijación muy similares al empleado en las imágenes de Judas Iscariote y la Dolorosa. ¿Sería este escultor el que insertó los elementos metálicos cuando restauró el grupo a finales del siglo XIX?, o ¿sería su maestro, Santiago Baglietto, quien lo hiciese? Unas respuestas que solo un hallazgo do-

³ Desde antiguo, cuando una policromía original presentaba daños, se solía llevar a un escultor que aplicaba un nuevo estrato de color sobre el original (lo que en restauración se denomina "repolicromía").

documental podría revelar, pues, aunque se sabe con seguridad que Francisco Sánchez Tapia estuvo interviniendo el grupo de La Cena, no se conoce si también restauró la Virgen de los Dolores.

FIG. 8, 9, 10 Y 11

VIRGEN DE LOS DOLORES. IGLESIA DE SANTA CATALINA. MUESTRA OBTENIDA EN EL MANTO AZUL DECORADO CON LA CENEFA DORADA				
Capa Nº	Color	Espesor (micras)	Pigmentos	Aglutinantes
1	Blanco-gris	250	Yeso, anhidrita, arcillas (trazas), óxidos de hierro (trazas), calcita (trazas), dolomita (trazas)	Cola animal
2	Blanco	100	Yeso, arcillas (trazas), anhidrita (trazas)	Cola animal
3	Gris	20	Albayalde, negro carbón vegetal, calcita (trazas)	Cola animal
4	Azul claro	20	Albayalde, calcita, azul del cobre artificial	Cola animal
5	Azul verdoso	20-30	Calcita, tierra ocre y azul de Prusia	Aceite
6	Azul oscuro	30	Azul de Prusia, Albayalde (trazas), calcita (trazas), granos de latón (Cu 85 % y Zn 15%)	Aceite
7	Azul	35	Azul de Prusia, albayalde, calcita (trazas)	Aceite
8	Pardo oscuro translucido	20	-	Aceite y resina de conífera
9	Dorado	Menor de 5	Pan de oro (Au 95%, Ag 4%, Cu 1%)	-

Personalmente opino que nos encontramos con dos obras que fueron restauradas por dos manos diferentes, en dos momentos distintos; una primera vez, a finales del siglo XVIII, y una segunda vez, a finales del siglo XIX. Una opinión que se basa en quien repolicromó la gran mayoría de imágenes del Paso de La Cena, llevó a cabo una transformación importante de las esculturas, modificando los colores y cubriendo el primitivo acabado de los dorados por otro más sencillo de realizar (y más rápido). Un detalle que no veo haciendo a un escultor como Roque López, pues no en vano se trataba de una obra de su maestro; al que evidentemente tendría un respeto. Pero que en cambio sí pudo llevar a cabo Patricio Salzillo. Básicamente por tres razones: la primera porque al estar trabajando con su hermano en el taller, conocía perfectamente como aplicar una policromía, así como la técnica del dorado (tanto al mixtión como al agua), quedando también constancia de que se dedicó a restaurar imágenes; la segunda porque al ser el hermano del escultor tenía peso suficiente como para alterar algunos colores originales aplicados por su hermano; y la tercera, porque se trataba de un miembro importante de la cofradía de Nuestro Padre Jesús (estaba en la Junta y era Comisario de túnicas). Tres razones por las cuales se le pudo permitir esa licencia en el cambio de algunas tonalidades en el color de las túnicas y mantos, así como el cambio de decoración dorada, que pasaba de un elaborado trabajo en oro fino al agua, a un rápido trabajo en oro fino al mixtión; solo entendible en las prisas en que el grupo estuviese en perfecto estado de cara a su procesión el Viernes Santo⁴.

⁴ Ésta es una de las posibilidades que siempre he tenido como excusa para el trabajo realizado, el que ante la premura de que llegaba el Viernes Santo, y no dar tiempo a realizar un trabajo similar al que ya había en las imágenes, se optase por estucar, repolicromar y complementar esos colores con unas sencillas cenefas aplicadas al mixtión.

Cosa diferente es la documentada restauración que del Paso de La Cena, y otros Pasos, realizó Francisco Sánchez Tapia junto con su hija Cecilia⁵. Siendo seguramente él quien aportó esos elementos metálicos de fijación interna que podemos ver en la mano de Judas Iscariote. Una técnica que probablemente aprendió de su maestro Santiago Baglietto a tenor de lo que se puede ver en el interior de la imagen de Santa María Cleofé de Totana.

Proponiendo que fueron ambos, Patricio Salzillo (a finales del siglo XVIII), y Francisco Sánchez Tapia (a finales del siglo XIX), fuesen los autores de ambas intervenciones sobre la escultura de la Virgen de los Dolores de Santa Catalina y la gran mayoría de imágenes del Paso de La Cena. Artistas que, igual que su autor, dejaron su huella en las esculturas. Escultores-restauradores sin los cuales, muy probablemente, estas imágenes no hubiesen llegado hasta nuestros días.



FIG. 1.- El Paso de la Cena de Francisco Salzillo durante su procesión en la mañana de Viernes Santo. Fuente: Juan Antonio Fernández Labaña.



FIG. 2.- Detalle de la cenefa que presenta la túnica de uno de los apóstoles del Paso de La Cena. Fuente: Centro de Restauración de la Región de Murcia.



FIG. 3.- Detalle de la cenefa que presenta el manto de uno de los apóstoles del Paso de La Cena. Fuente: Centro de Restauración de la Región de Murcia.



FIG. 4.- Detalle de la cenefa que presenta el manto de la Virgen de los Dolores de la iglesia de Santa Catalina. Fuente: Centro de Restauración de la Región de Murcia.



FIG. 5.- Detalle de la cenefa que presenta la túnica de la Virgen de los Dolores de la iglesia de Santa Catalina. Fuente: Centro de Restauración de la Región de Murcia.



FIG. 6.- Virgen de los Dolores de la iglesia de Santa Catalina. Francisco Salzillo. Fuente: Centro de Restauración de la Región de Murcia.



FIG. 7.- Imagen de Judas Iscariote del Paso de La Cena, Francisco Salzillo. Fuente: Centro de Restauración de la Región de Murcia.



FIG. 8.- Radiografía de la mano derecha de la Virgen de los Dolores de la iglesia de Santa Catalina, donde se puede apreciar el hierro cilíndrico insertado para fijar la mano al resto de la imagen, aplicado en una restauración de la escultura. Fuente: Centro de Restauración de la Región de Murcia.



FIG. 9.- Radiografía de la mano izquierda de la imagen de Judas Iscariote del Paso de La Cena, donde se puede apreciar el hierro cilíndrico insertado para fijar la mano al resto de la imagen, aplicado en una restauración de la escultura. Fuente: Centro de Restauración de la Región de Murcia.



FIG. 10.- Radiografía de los brazos del Cristo a la columna de Blanca, una obra de Francisco Sánchez Tapia. Apreciándose el empleo de unos hierros cilíndricos -de similares características a los detectados en la Dolorosa y en Judas Iscariote- empleados en el refuerzo de la unión de los antebrazos al brazo Fuente: Centro de Restauración de la Región de Murcia.



FIG. 11.- Firma de Francisco Sánchez Tapia en la base del Cristo a la columna de Blanca. Fuente: Juan Antonio Fernández Labaña.

⁵ ARCHIVO MUNICIPAL DE MURCIA. "Cuartos bien invertidos", Las Provincias de Levante, 21 de marzo de 1896, pág. 1. / "Lo del día", El Diario de Murcia, 4 de abril de 1896, pág. 2. / "Obras de restauración", Heraldo de Murcia, 24 de noviembre de 1899, pág. 2.

Meditación a Nuestra Señora del Rosario en sus Misterios Dolorosos.

Pronunciada por el Dr. D. José Alberto Fernández Sánchez en la Iglesia de Santa Catalina de Alejandría, ante la Virgen del Rosario a las cinco de la tarde el Sábado Santo 3 de abril de 2021 (Año de la Pandemia)

HILVÁN PARA EL SÁBADO DE LA VIDA

Estamos a pocas horas de que las luminarias vuelvan a rodear el Santo Sepulcro. Anoche, como cada año en la Pascua, la luna de Nisán volvió a atravesar la noche de Jerusalén iluminando con su pálido reflejo cada piedra y cada surco labrado en la tierra: la Puerta Oriental, el Cenáculo, Getsemaní, la Vía Dolorosa... La Cofradía de la Caridad sabe tanto de Tierra Santa: allí han acudido algunos de sus cofrades en peregrinación no hace muchos años. Esta tarde de Sábado Santo preside el gran silencio. La contemplación ante la tumba de Cristo donde Dios ha parecido quedar derrotado y olvidado del mundo. El anhelo de los cristianos de Occidente estuvo siempre precavido de cubrir ese silencio y buscar las respuestas sobre el dónde y el cómo, asistiendo desde los primeros siglos a aquellos memorables viajes en busca de los Santos Lugares.

La hispana Melania la Vieja (ca. 372) y Paola con su hija Eustaquia, ya en el 385, fueron las primeras mujeres de la alta sociedad romana en visitar Palestina, sucediendo así a otra mujer, Santa Elena, madre del emperador Constantino, quien arribó hasta ella en el 327: construyendo monasterios, edificios martiriales y buscando un buen número de reliquias de la Pasión de Cristo. También la monja hispana Egeria iría a Tierra Santa a finales del siglo IV dejando un magnífico libro de viajes describiendo con detalle la liturgia de Jerusalén.

Estas peregrinaciones, ya con la Basílica constantiniana de la Anástasis como punto angular, continuaron durante todo el Medievo. La dominación cristiana de los Santos Lugares, ya en época de las Cruzadas, llevaron allí a los miembros de las órdenes de caballería como la famosa del Temple. Precisamente estos caballeros fueron los primeros en radicar, tras la conquista Alfonsina de Murcia, en esta misma Iglesia de Santa Catalina. Como constancia de aquel vínculo hierosolimitano fundaron aquí la primitiva Capilla del Santo Sepulcro aún conocida por este nombre a comienzos del siglo XX (acaso alguna piedra de aquella sepultura de Cristo repose escondida entre nosotros).

Unos y otros con sus viajes y libros de peregrinación, con sus rutas e hitos, dejaron constancia de la necesidad que tuvo siempre el cristianismo de sentirse cerca de la Pasión de Cristo: de revivirla como si se hubiera estado auténticamente allí. La vivencia sacramental de Cristo-Dios hecho hombre al que se le hace sagrario y morada en cada cuerpo, instó también a la necesidad física del logos: a la reconstrucción mental de toda su Pasión, Muerta y Resurrección. Y esa memoria intelectual hecha teatro y misterio sacramental por la sagacidad de los monjes de la Baja Edad Media, sirvió para la instrucción evangélica de una población analfabeta.

No habrá de sorprendernos que sean precisamente los sucesos de estas mismas horas los que

conciten toda la atención. Así, desde la Crucifixión a la Sepultura, todo hasta el silencio de estas horas quedó codificado en aquel anecdotario dramático que dio pie, con el transcurso del tiempo, a la aparición de las formas externas de la Semana Santa. Instrucción y reconstrucción que, como bien supieron más tarde los jesuitas, llevaba necesariamente a la meditación de los sucesos principales del cristianismo.

Sustancia áurea a la que nos entregamos ahora en compañía de la Virgen en la Soledad contemplativa del Cenáculo.

El desenclavamiento

En el ocaso de la Edad Media la vida contemplativa vivió un tiempo de cambios trascendentales. Los hábitos del monje dejaron de focalizarse estrictamente en el interior de las ciudadelas monásticas para centrarse en el ámbito de la predicación. En este nuevo papel el fraile andariego de las nuevas órdenes mendicantes va a buscar la exégesis del cristianismo en el también nuevo espacio público. Resurgen las ciudades y con ellas el trasiego comercial y la pronta traslación de las nuevas fórmulas religiosas.

Aunque el marco del Románico aún sea el espacio dilecto de la liturgia la función sagrada se hace polivalente. Una vez llevado el Santísimo a los reservados de las sacristías las naves de estos suntuosos edificios se convierten en el escenario para la sugestión: el ámbito dilecto para la vivificación de los relatos religiosos. La propia naturaleza pedagógica de la predicación hubo de asirse al amparo de lo visual. La respuesta entusiasta de los fieles, convertidos ya en masa ávida de la Historia de la Salvación, validó el nuevo formato para la expresión visual del relato mesiánico y aún de su trascendente simbolismo sacramental.

Los ojos y las almas intuían lo que hasta entonces sólo habían intuido. Se hacía tangible el relato mítico que adquiriría carta de naturaleza física, como el propio Cuerpo de Cristo en la sustancia material del Pan. Y fueron, cabe recordar, precisamente los monasterios de rito romano los primeros en incluir esta nueva metodología donde el teatro renacía, libre ya, de las connotaciones paganas de la época paleocristiana. Los archivos de San Marcial de Limoges evidencian la pervivencia de una fórmula clásica también en sus orígenes netamente sagrada. Y precisamente el tiempo de Semana Santa se revelaba propicio para la restauración de la vieja concepción del relato: un recobrado modo de contemplar la oratoria del altar asida, esta vez, a la búsqueda del Salvador en su Sepulcro la mañana del primer Domingo de la Vida.

La fórmula repetitiva del “Quem quaeritis?” (¿A quién buscáis?) resonaba en los muros pétreos de las iglesias mostrando a la luz de las asombradas muchedumbres el carácter palpable, nada inefable, de la vuelta de Cristo desde el reino de las tinieblas. Y así, desde el año 1000, una vez y otra, asomando siempre como si fuera primicia la vuelta cíclica del tiempo sagrado de los orígenes.

Y aún el drama de la muerte y desenclavamiento de Cristo de la Cruz hubo de convertirse en el primer suceso evocado de esta nueva concepción del rito. El relato dilecto no sólo cuajó, sino que se mantuvo imperturbable y vigente hasta los mismos albores del Mundo Contemporáneo. Y desde este germen hasta el Concilio de Trento la práctica escenográfica, en la que ya se incluían las imágenes talladas de Cristo y su Madre, se proyectaron hacia las calles y plazas de las ciudades, cumpliendo así los dictámenes conciliares de Trento que no creían oportuno que el interior del suelo consagrado fuera propicio para tales alardes. Aún así, nació la Semana Santa en un formato ya cercano al modo externo que hoy conocemos, aunque manteniendo durante siglos la primicia, el grano originario que, desde luego, no cayó en suelo yermo.

Vamos ahora a mirar los ojos de la Virgen, como si ahora en su aposento lo recordase todo y se reflejasen las escenas de la Pasión en sus pupilas aún enrojecidas por el llanto.

Los fieles han acudido desde lejos a participar en la veneración de la Santa Cruz. Antes de la comunión todos se han acercado hasta el altar para besar los pies llagados del Crucificado. Ahora, ya acabada la liturgia, esperan expectantes que el cortejo de sacerdotes y actores vuelva a incorporarse desde la Sacristía. Se entona el Vexilla Regis mientras la bandera negra con la cruz

engastada en vivo rojo guía a los participantes. Entran los frailes revestidos con vestimentas antiguas recordando a los Santos Varones; algunos niños de la Escolanía aparecen caracterizados como las Santas Mujeres (el teatro sacro prohibió la presencia de la mujer desde la Edad Media). Todos vienen solemnes y con los rostros entristecidos.

Acceden al altar donde, de improviso, otros religiosos ya han dispuesto las escalas para subir a lo alto del madero. El religioso revestido como José de Arimatea asciende; Nicodemo espera en la parte baja. Comienza a recoger cada una de las “arma Christi”: el titulus crucis, la corona de espinas, ... A continuación, trenza un amplio lienzo entre el torso y los brazos de Cristo. Ante la mayor atención de la concurrencia comienza a retirar los clavos de las palmas de las manos...

Los pequeños se sobresaltan al contemplar como cede y cae la mano del Redentor. Unas mujeres gimen al final de la nave. Se repite el gesto de la mano izquierda a la derecha; luego, desde abajo, Nicodemo hace lo propio con los pies. El cuerpo inerte de Cristo vibra inestable entre las sábanas: poco a poco desciende. Lo recogen los varones y lo llevan mansamente ante las faltas negras de la Virgen.

Suena el Stábat Mater.

Ha acabado la alabanza y el culto hacia el árbol heroico. El tiempo queda ahora suspendido en la contemplación de la Madre del Mundo. Suenan los suspiros y los lamentos.

Los religiosos y los actores se inclinan ante los bultos de la Sexta Angustia y van retirándose con pausa.

La efigie de la Virgen, enlutada rigurosamente, ha asistido expectante en un apartado y oscuro espacio de una capilla adyacente; olvidada mientras la serpiente orlaba la cima del bastón mosaico. Los escolanos revestidos de pajecillos van llevando hasta sus plantas cada uno de los elementos que han quedado desprendidos: primero, la corona de espinas, después los clavos, finalmente, el humeral de gasa fina con el que se ha ungido, con vino dulce y oloroso, las heridas de Cristo.

El templo queda herido. El altar ya no es altar. El centro de gravedad ha quedado alterado. Ahora rige el mundo el vacío. Y la soledad se apodera del hombre.

Tras un instante de contemplación grave y triste, retorna el clero desde lo profundo del coro. Se inicia el entierro del Señor...

La deposición

Durante un tiempo breve las gentes han creído estar realmente en Jerusalén. El sugestivo efecto teatral los ha hecho partícipes de un hecho histórico siempre permanente en la Eucaristía.

Ahora, igualmente conmovidos, asisten al sepelio. Los más capaces aún pueden recordar con los ojos cerrados y reconstruir la escena mentalmente con un potencial que siglos más tarde emplearán los jesuitas.

Lo vemos junto a ellos y como si ahora mismo sucediese:

Las reliquias de la Pasión quedan en las manos de la Virgen. Los ángeles de cortejo las han ido dejando sobre sus manos, primero, los clavos que tenían su cuerpo prendido a la Cruz; después, la corona que se hendía sobre su frente... también la espina terrible que había rasgado el párpado. Todo va despojándose de la carne herida y aún sangrante. A continuación, llega a los dedos inmaculados el humeral con que las Marías han limpiado el rostro y el cuerpo entero del Redentor. El suero y la sangre continúan fluyendo de la herida del costado... Las de manos y pies comienzan a coagular formando pequeñas costras oscuras.

Las lágrimas de las mujeres y aún las de los justos varones van cayendo sobre la carne. Son las oraciones más puras que limpian el alma, los perfumes más caros e íntimos, ganados con el dolor y la amargura. Junto a ellas se tienden los ungüentos derramándolos sobre las carnes frías del Nazareno. Nicodemo ha comprado una gran cantidad de ellos y se desvanecen, incontrolables, sobre la carne macerada por el sufrimiento. El perfume se extiende por el Calvario. La sustancia olorosa se sobrepone al hedor nauseabundo de la sangre y las últimas angustias desgranadas por los ajusticiados. La guardia romana, en la distancia, se sorprende ante la aquilatada fragancia: el

Centurión se despoja del casco y lo recoge sumiso, reverenciando al embalsamado.

El cuerpo de Cristo va entrando en otro ámbito diferente que ya no es el del tumultuoso alarido de la multitud deificada.

Incluso José de Arimatea se desviste sus gasas ceremoniales y extiende los gramos gustosos sobre el cuerpo. ¡Cuánta novedad en los dedos de un sanedrita sobreponiéndose al pudor rígido del viejo sacerdocio! Hay una Ley Nueva que se abre sobre las carnes heridas de Cristo. Y ni el rigor del sabbath puede sobreponerse a ella. Se doblan con sus dedos los profetas de todo tiempo venerando cada surco abierto en la carne. Se ha abierto para siempre la Vieja Alianza al tiempo del Cumplimiento. Y el entierro del Rábbi es ya el sepelio de un rey: se revela más diáfana que nunca la realidad mesiánica de la estirpe de David.

Lo envuelven a prisa, pero con cuidado dentro de las sábanas que quedan dobladas alrededor del cuerpo: en la misma forma en que las habrá de ver Pedro la mañana del Domingo. Y se inicia la marcha cadenciosa hacia el cercano sepulcro; hacia la roca excavada y nueva que el propio José tenía en su huerto principesco.

El ambiente que recibe al cuerpo inerte es el mismo que conocemos en las tardes de lluvia primaverales sobre la huerta. El olor de la vegetación exhala agradecido extendiendo sus aromas y embriagándolo todo: la repentina tormenta ha despertado los pistilos de los azahares que derraman sustanciosos todo su olor. Incluso la higuera parece generosa, no aquella maldecida por Cristo en el camino hacia Jerusalén, y presta su sustancia a embriagar, a orlar el manto precioso de la naturaleza con el fragor inefable de los frutos. El orbe se comprime como un ojo y deja colar unos últimos rayos de sol que se proyectan sobre el difunto. El firmamento todo se inclina ante el Hijo de Dios.

Los dolientes reverberan el viejo salmo In exitu Israel de Aegipto... La propia Virgen canta levemente sobreponiéndose al incomparable dolor. San Juan acaricia una palma blanca que ha crecido al borde del camino...

Un cirio llega hasta la boca del sepulcro. El salmo se desgrana triste, pausado, no queriendo terminar. Su eco se dobla sobre los lienzos cercanos de la muralla que los vierte hacia la profundidad breve del valle del Tiropeón. Bajo la frondosa espesura de los frutales del huerto se asoma el camino que conduce a Jaffa, que mira por el Mediterráneo al nuevo occidente cristiano, y que atravesará antes como un soplo la milagrosa Emaús. Ciertamente, el entierro de Cristo mira ya decisivamente al Domingo. No es la turbación de un Dios oculto: es la puerta de un Dios que misteriosamente se revela ¡Oh, sí! El Sepulcro es el Sagrario auténtico tras cuya sola se condensa el Verbo vivo!

Pero los llantos nos ocultan aún esta presencia revelada. Cristo, que aparentemente no está ya en este mundo, va a los Infiernos a campar triunfante sobre el reino de la muerte. Pero aún las lágrimas trágicas, las lágrimas de nuestro tiempo, la desesperanza contemporánea que se ha ganado mediante la lucha por la falsa libertad, ocultan que el Rey ha sido pregonado en Viernes: exaltado inequívocamente sobre la Vexilla regia de la Cruz.

Los dolientes vuelven a la ciudad. La tradición nos dice que el Cenáculo donde, temerosos, los discípulos se escondían también fue la morada de la Madre en estas horas. La Virgen, nos dice el Evangelio, “guardaba todo esto en su adentro”. La Virgen, Nuestra Señora del Rosario, desgranaba y guardaba toda la Pasión, todo el sufrimiento, en su adentro. Y se refugia en la oración y en la confianza. Y la conmemoración no es rito vacío, es sujeto de esperanza: confianza en las manos del Padre: “Hágase en mí”.

Y nuestro templo cerrado. Es acaso hoy más cercano al Sepulcro: vemos al Dios invisible misteriosamente oculto. No lo comprendemos.

Aún el resto del año también tenemos a Cristo como hoy mismo, también en el Sepulcro: Señor escondido. Somos nosotros quienes te escondemos cada vez que evitamos profesarte en pú-

blico. No está de moda, no es políticamente correcto...

¡Haznos, ¡Señor, benditos!
¿Haznos benditamente incorrectos!
Ahora que no hay luz
haznos cirio tuyo;
ahora que reina la oscuridad
haznos dignos de llevarte vivo
en nuestras vidas.
No te pesen nuestros silencios, Señor,
como la losa que hoy te esconde.

El monumento

En la tierra palestina, sequedad terrosa que convierte a Jerusalén en un oasis auténtico en medio de la desolación, se conoce bien el efecto fértil del agua en las huertas feraces. Sabemos bien de esta similitud con nuestra tierra donde los registros bíblicos de desiertos cosidos entre terrales blancos, yermos y esteparios es igualmente una seña de identidad. La efigie de la desolación del mundo es bien cierta ahora pese a la lluvia de la tarde de Viernes Santo. Pero, es cierto, también esa desolación puede germinar por medio del bautismo en la feracidad fecunda de los campos.

Y también aquella perspectiva, con el horizonte cercano de Betania tras el Monte de los Olivos, nos trae cercanamente la imagen de la resurrección de Lázaro. Los afeites caros de María son ahora las fragancias que el chubasco ha ganado a los arbustos del campo. ¡Tantas veces preconizó Cristo su muerte con la gravedad solemne de sus gestos y de sus palabras! Ahora conviene leer también más allá de la apariencia de aquellos unguentos sabiendo del inmenso poder que se esconde bajo la losa. Florece, más bien, dentro de la amarga quietud de la muerte un silencio augusto donde florece arraigada la esperanza.

La expectativa del triunfo de la luz y la primavera de la vida ha germinado en el silencio desolado de un campo de muerte. Pero, por ahora, tan sólo se intuye el milagro por medio de la mansedumbre del silencio.

Los primeros santos del cristianismo gustaban por ello, precisamente, de la renuncia terrena y de la soledad en el desierto donde, al igual que Cristo, mejor se escucha la voz del Padre. Yermos de la naturaleza, desiertos para que el alma resplandezca y se salve. ¡Oh, sí! El silencio es el canto íntimo que llama a la salvación! El aliento regio que despierta de la boca del esposo! El regusto inquieto del agua que mana de la fuente para hacer brotar la vida!

El cuerpo del Señor, del héroe derribado, reposa en estas horas en el oloroso jardín. La primavera ha preparado sus esencias para adornar al esposo muerto. Lo ha colmado de fragancias como a rey, dejándolo firme sobre la losa rígida en el umbral que parte de la tierra al abismo.

El precioso adorno del búcaro de flores y ramas prendadas de sustancia del huerto de Arimatea es el salón donde sólo las aves suplen, en la tranquilidad somnolente del sabbath, el bramido de los sayones. La muerte ha dado a Cristo la paz, la quietud serena tras el violento martirio.

¿Recuerdas aquella noche
en que el sudario
donde dormías
era todo de acantos azules
y lino?

Tu diestra
se extendía plácida
enseñándonos sobre su palma,
toda blanca de nácar,
la rosa purpúrea más bella
de todo el jardín.

Había luna clara
y el frío nos estremecía.

Epílogo: La Luz

El vacío, el silencio, la ausencia de Dios en el Sábado Santo no es sólo una cuestión rememorativa; no afecta sólo a la Jerusalén histórica sino, más bien, a todo el orbe. Es el vacío nihilista de nuestra sociedad que vive permanentemente en una experiencia constante del olvido de Dios. En la experiencia del Sábado Santo que es nuestra vida Dios permanece oculto. Su presencia incómoda ha llevado a su ocultamiento dentro de todo devenir social. La Cruz es motivo de escándalo, lo era en el Imperio Romano, lo es hoy en nuestro mundo de comodidades. En todo él la luz de Cristo permanece eclipsada bajo una persistente losa que lo relega a una cuestión incómoda y caduca: ¡sí! Dios muere porque nosotros lo seguimos matando con el mal ejemplo de nuestras vidas.

En las décadas pasadas la noche de Viernes Santo era el tiempo de la celebración de las Tinieblas. Las trece luces del tenebrario iban apagándose con el discurrir constante e imparable de los improperios. Al final, tan solo quedaba en la cúspide el cirio central, llamado por el pueblo “La María”. Ya casi nadie se acuerda de este ritual, aunque está recomendado su uso para esas horas augustas. Pero en nuestro mundo se ha venido haciendo progresivamente la oscuridad, el imperio absoluto de la tiniebla y la desesperanza: oh, sí, “Dios ha muerto” se oye en las voces de los filósofos mientras el mundo se apresura a vivir conforme a ese abatimiento: alienado y absurdamente abocado a una tristeza vital que conduce a la nada.

Y no nos damos cuenta que hoy al igual que ayer pocas cosas han cambiado: que la vida es el mismo camino de siempre y que, como en aquel Oficio de Tinieblas, la luz de la Virgen también puede ser ocultada –tantas modas, tanta materialidad así lo quieren- pero no se apaga. Nunca cesa el fuego que alumbraba a los cristianos. La luz de Nuestra Madre es el faro que siempre alumbraba y que presta su guía para no naufragar en un océano de dificultades.

En esa niebla densa y la foscura que ha sido el Calvario también María ha seguido siendo el vértice. También desde la cima ha llamado a los justos que han acudido “en la esperanza del Reino” para hacer la obra suprema de la Caridad. En efecto, la sepultura que precisa el cadáver del proscrito, del que ha muerto en el signo del escándalo y contraviniendo todo orden de la lógica, no ha sido relegada al clásico abandono en la fosa común a que acostumbraban los romanos. Aquellos hombres justo que no sólo esperaban, sino que ya vivían ellos mismos en el Reino sabían que no cabía la indiferencia ante la soledad del cuerpo inerte de Cristo.

El justo había de tener un “entierro de rey”, sepulcro nuevo excavado en roca virgen y cantidad de unguentos para la purificación del cadáver. Bien sabemos que esto último sólo podía conservar el cadáver, pero nunca devolverle la vida. La racionalidad humana condenaría este derroche suntuario: ¿acaso no recordamos ya la escena de Betania? María, la contemplativa hermana de Lázaro bien comprendía lo que el culto del Cuerpo de Cristo requería. Pues Jesús no era sino el Hijo del Dios vivo y honrarle como tal era y es preciso. Aquí, nuestro juicio material nos conduciría al papel oscuro de Judas: “bien podríamos emplearlo en dar de comer a los pobres”. ¿Cuántas veces no nos cruzamos con esta perspectiva que sabemos errada? Y, sin embargo, es Cristo quien nos responde: “Dad a Dios lo que es de Dios”.

También esta otra María está cerca de Jesús en estos momentos de tiniebla. La Madre no está sola: junto a ella está Juan quien ha comprobado al entregarse el cuerpo y ver manar la sangre del costado el cumplimiento sacramental que Cristo había anticipado en la Cena de Jueves Santo. También el apóstol, barro tierno que se ha dejado modelar en compañía del Maestro, está junto a la Virgen en estas horas de profunda tristeza y desolación; cuando los velos de las iglesias tapan las ventanas y el Cenáculo de Jerusalén se convierte en el reino de la paradoja: un pueblo espera orando entre la tiniebla el cumplimiento de la Vida Eterna.

Eres la reina de la hermosura
pero eso no te consuela
aunque vengan de lejos los bardos
y los de dentro no te comprendan.

Porque a dolor no hay quien le pueda
el sufrimiento que vives
ayer, hoy y siempre por tu Hijo;
cada segundo por todos.

Y aunque por la fama te acrecientan
porfiándote allá lejos,
tienes aquí el sustento
de estos hijos tan ingratos:
Quiérenos pese a todo
y no nos dejes valer sólo por lo vano
que de ti tomamos por vanagloria.

Pues tu eres la reina de la pena
y ni con tu belleza entera
para el dolor de verte llorando
existe consuelo.



Reflexión para un Sábado de Pasión en presencia de Jesús-Eucaristía.

Alfonso Martínez Pérez

Todo comenzó en Getsemaní, ese huerto situado en el monte de los Olivos desde donde se vislumbra a unos escasos metros la muralla de Jerusalén y la Puerta Dorada... Apenas cinco días atrás esos mismos olivos habían escuchado gritos de júbilo, de sus troncos, un sábado como hoy, se habían cortado ramas para alfombrar el paso del ansiado Mesías. Hosanna, bendito el que viene en nombre del Señor.

Sólo hacía unas horas que habían celebrado la ansiada cena de pascua que Judas había abandonado para ultimar sus planes y Jesús les había anticipado la entrega de su cuerpo y su sangre sin que entendieran nada... Entre olivos, en la placidez de una noche de primavera duermen los apóstoles, también aquellos que Jesús había apartado para que orasen con Él... Los más fieles, los más íntimos, los mismos que días atrás habían contemplado la gloria de Dios en el Tabor no eran capaces de contener el sueño... y Jesús queda sólo para contemplar, en un anticipo desgarrador, su pasión y entrega hasta el extremo. "Padre, si es posible que pase de mí este cáliz, mas no se haga mi voluntad sino la tuya" ...

Entre tanto, desde la casa de Caifás, en el monte Sión, al otro lado del Torrente Cedrón, a sólo unos centenares de metros, la guardia del sumo sacerdote emprende su marcha para apresar a Jesús. El silencio de la noche se rompe ante el avanzar de entre 50 y 60 hombres armados... Jesús ora, Jesús escucha, podría haber escapado, pero permanece y llora sangre, sabe que vienen a por Él y sabe para qué vienen, pero el Amor es fiel, la Caridad no se cansa, no se muda, no tiene en cuenta el mal...

Cuántos Getsemanís en tantos hermanos nuestros y quizá en nosotros mismos... cuántos momentos de angustia, de desesperación, de abandono, de soledad y agonía... cuantas supuestas sinrazones y cuantas traiciones... En cada casa, en cada hospital, en cada centro de trabajo una habitación debería llamarse Getsemaní... son esos momentos y situaciones sin respuesta ni salida donde uno se ve al borde del abismo y no queda nada más que Dios... ¡Como si eso fuese poco! Dios, tú y unos planes que no entiendes, que no aceptas, que no quieres... Padre, que pase de mí este cáliz... El de la incompreensión en la familia, el de la falta de trabajo, el de la situación económica que me asfixia, el de la enfermedad que me consume y me quita la paz... En Getsemaní queda la angustia, pero también la aceptación y el abandono en manos de Dios, si por un beso vino la traición, por un hágase, como el de María, vendrá la paz que te hace como diría Teresa de Lisieux sentir una inmensa paz al sentirse absolutamente pobre y no contar con nada más que con Dios.

¿Estás en Getsemaní? ¿Todos duermen alrededor tuyo y sólo tú aguantas en vela por ese problema que te atormenta y te consume?

¿estás esperando el beso traidor que termine de entregarte? Pon tu mirada fija en Jesús,

presente hoy, aquí entre nosotros, mientras somos frutos de tantos sueños inoportunos, Él sigue velando... Señor, tú lo sabes todo, tú sabes que te quiero... hágase en mí y que sea... Lo que tú quieras que sea.

Jesús preso, Jesús humillado, Jesús burlado e insultado y lo que es peor Jesús negado y traicionado por los suyos que corren a esconderse... De juicio en juicio y sin justicia, de tribunal en tribunal y con la sentencia pactada de antemano para quitar de en medio al que es un problema pues viene a mover a muchos de la comodidad y de la autocomplacencia... sin defensa, así responde, en silencio el cordero llevado al matadero que enmudecido no abre la boca y recibe sobre sí los azotes en su divina espalda... Cada flagelo lleva mi sello, mi marca, está formado por los filos de mi egoísmo, de mi falta de caridad con los hermanos, de mi indiferencia ante los problemas del que tengo a mi lado... Sí, Señor, así te pago y para siempre me he quedado incrustado en tu carne en cada latigazo. No has querido que me separe de ti y solo dentro de tus llagas está el unguento para mis miserias que son muchas pero una vez más... donde abundó el pecado sobre abundó tu gracia. El pretorio es el lugar de la traición de un pueblo a su Mesías, crucifícale, crucifícale. Había que tomar partido en este juicio del pueblo y yo también lo he gritado cada vez que te he echado de mi vida... Sí, entre el tumulto del pueblo, como un cobarde también yo renuncio de ti con mis pecados y mis miserias y tú, Señor, callas y aceptas y recibes los golpes con la mansedumbre que sólo el amor soporta...

Pero no bastó la flagelación. Todo su cuerpo debía ser torturado hasta quedar irreconocible, sin aspecto humano, para cumplir en él la profecía de Isaías... Cada espina taladrando su sien habría sido bastante tortura para cualquier otro, pero no para Jesús. Su Reino no es de este mundo y por eso este mundo le corona de espinas. Su pueblo se ríe de Él, cinco días atrás cantaban Hosanna y aclamaban con palmas y alfombras su paso, ahora llaman blasfemo al mismo Dios y lo humillan... es la particular forma de agradecer el reinado del mismo que curó al ciego, el que hizo andar al paralítico, el que sanó al leproso, el que dio de comer a miles de personas en Galilea, el que perdonó a la pecadora, el que sanó a la hija del centurión, el que defendió la dignidad de pobres y enfermos, el que mira a los ojos y sigue sanando, perdonando, consolando... En ti me glorío Señor coronado de espinas, ¿Que si eres rey? Eres el Rey de la

misericordia y el amor, el Rey de la esperanza, el soberano de los mártires, de los cristianos perseguidos allí y aquí por el mero hecho de serlo, el Rey de la Caridad, el de los sacerdotes pobres y humildes entregados plenamente a Él, como quería el Beato Manuel Domingo y Sol, el rey de los pobres, de los enfermos, de los despreciados del mundo. En ti, el Hombre, con mayúsculas reconozco al Rey del Universo, al Maestro, al Señor. Gloria a ti, rey admirable, Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal.

Si tu fuerza es el amor y tu corona no es de oro sino de espinas, si tu cetro es una caña y respondes con silencio a los insultos y burlas, más que hablar debo callar y adorar, sólo contemplarte, mirarte y que me mires y nada más, aquí estoy Señor para hacer tu voluntad, postrado ante ti para servirte, dime... ¿Sólo unas mujeres en la calle de la Amargura tuvieron compasión de ti? Déjame Señor unirme a ellas, quiero ser verónica hoy, secar tu sangre, darte de beber y enjugar tu rostro como la Santa Mujer que recibió en su pañuelo tu santa faz... Déjame Señor que yo también pueda limpiar tu rostro. Sí el tuyo, sucio por la falta de caridad en un anciano abandonado, en un enfermo sin nadie a quien recurrir, en la escucha de una persona que se siente sola y abatida, en el servicio a los que nadie quiere... déjame encontrarte Señor al enjugar otros rostros: el del preso, el del marginado, el del que no ve sentido a su vida, el del que no te encuentra y vaga por el mundo en busca de un porqué a su existencia.

Déjame mi Dios ver a los cristos vivos de hoy en mi propia familia, en mis propios amigos, en ese que pasa momentos duros por tantas realidades que le machacan; quitando las espinas de la frente de las mujeres que huyen de una situación de maltrato; en los niños que no tienen el calor de la familia; en los que andan presos condenados al fracaso por los vicios. Déjame ser paño de esas caras... pues sé, mi Señor, que al limpiar los rostros de los que son mis hermanos y recubrirlos de

la dignidad que en ti permanece intacta, podré encontrar en sus ojos los tuyos y en sus labios el susurro de esa voz que acaricia el alma diciendo “ven bendito de mi Padre, hereda el Reino, porque tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, desnudo y me vestiste, enfermo o en la cárcel y viniste a verme...”

Y en este punto, como en la vida, como en nuestra vida, cada uno ha tenido ya que decidir con quién quiere estar: o con el mundo que se divierte condenando a Cristo, quitándose de en medio al que toca conciencias o sometiéndolo a la humillación extrema de ignorarlo como algo superfluo y pasajero; o con Cristo que da sentido a la vida y convierte el sufrimiento y la cruz en prenda de salvación, en faro de esperanza, en luz entre tanta tiniebla. ¿Quiero ser como uno más del pueblo y pasar desapercibido? Entonces debo gritar como ellos “Crucifícale, crucifícale” ... Si no, debo llevar a Cristo por bandera, por espada y por escudo, en mi boca y en mi corazón, en mi relación con los hermanos, en mi trabajo, en la sociedad... Lo común es lo primero, sin comprometerse, siendo bien quedas, políticamente correctos en función del sitio donde nos encontremos... En cambio, lo que da la felicidad es lo segundo pues todo este mundo pasa y solo Dios queda.

Doce apóstoles nombró Jesús, a uno lo nombró piedra de su Iglesia y éste le negó tres veces, otro lo vendió por treinta monedas de plata, los otros nueve se escondieron cobardemente. Lo habían visto curar enfermos, resucitar muertos, recubrirse de gloria refulgente en la transfiguración, multiplicar la pesca, los panes y los peces... pero ante la persecución corren a esconderse.

Sólo uno permanece fiel y llega hasta el pie de la Cruz, el mismo que se había recostado en su regazo durante la última Cena, el joven Juan. Él eligió bando: el de Cristo. En él vemos reflejada la constancia, la fidelidad, el seguimiento hasta el final. Al pie de la Cruz nos encontramos con la realidad propia del mundo: los que rechazan el amor de Dios, los que lo ignoran y los que se juegan la vida por acercarse hasta el mismo Cristo por muy lastimado que esté. Tú y yo podemos hoy ser Juan. Ahí lo tienes acompañando a Cristo en el camino del Calvario; junto a la Cruz y ahí lo tienes en las misioneras de la Caridad acogiendo a mujeres y devolviendo la dignidad que la vida les había robado, en los hermanos de San Juan de Dios abrazando, vistiendo, dando de comer, techo y amor a los que nada tienen y vagan por las calles, en las Hijas de la Caridad rodeadas de niños que merecen una oportunidad de ser felices y el cariño de una familia y en tantos y tantos otros... ¿De verdad quieres ser Juan? Puedes subir tú también al Calvario de tantos hermanos que lloran y que nadie los ve y estar a su lado, es la labor de los misioneros, los laicos comprometidos silenciosamente con los pobres, los enfermos, los despreciados y olvidados del mundo...

Sigue habiendo hombres y mujeres valientes como Juan, como Verónica, que se dan del todo a todos, religiosos, padres de familia, personas de a pie, sacerdotes que, enamorados de Jesucristo, al estilo de Mosén Sol y de tantos otros santos, lo hacen presente en la eucaristía, alimento de cuerpo y alma, niños y jóvenes al servicio de la Iglesia, pastoral en las cárceles, centros de atención a enfermos de sida, leproserías, orfanatos y hospitales, colegios en los barrios más pobres y marginados o a pie de playa cubriendo con una manta a esa madre que llega con un niño en brazos montada en una barcaza en busca de un futuro mejor.

Entre tanta desesperanza en el mundo, sigue habiendo hoy hombres y mujeres decididos y valientes, dispuestos a dar su vida por seguirte y precisamente porque su vida consiste en ir detrás de Cristo, salen al encuentro de esos cristos vivos de carne y hueso donde el mismo Cristo completa su pasión. Es el pueblo de Dios, su Iglesia. Sólo hay que decidir: O con Cristo o sin Él y todo lo demás en la vida será consecuencia de esta decisión, si la respuesta es la de la caridad entonces allí detrás del rostro herido del hermano te estará esperando la sonrisa de Dios.

¡Cuántas cruces se aprietan y compactan en la Cruz de Cristo! Son las nuestras, las que nos hacen caer una y otra vez, las que nos aplastan y hacen dudar... Todas ellas las cargó Él, miradlo, Él. Todo Rey tiene una corona y un trono. El de Cristo es la Cruz, sus brazos siempre abiertos para acoger, su corazón traspasado para que siempre pueda entrar en él aquello que nos preocupa, lo que nos hace temblar... el Corazón de Cristo no se cierra, ni siquiera después de la Resurrección se manifestó sin las señales de sus llagas... Es en la Cruz donde todo cobra sentido. ¿Cuánto pesó esa

cruz si en ella iban los pecados del mundo? Infidelidades, traiciones, envidias, orgullos, mentiras y un largo etcétera formaban el aglomerado del madero. Tuvo que ser horrible... y Él lo abrazó para después cargarlo. Contemplar su caminar hacia el Calvario es volver a sentir la pequeñez del hombre y la grandeza de Dios, el abrazo del Padre ante la vuelta del hijo pródigo, el cordero a hombros del buen pastor que no quiere que ni una sola de sus ovejas se pierda. Qué torpes somos, Señor, seguimos sin entender nada, cuando en ti y sólo en ti nuestras preguntas cobran sentido:

Solo vas amor de amores con
el madero cargado quién te
hizo esto, Señor dime quién
te ha flagelado,
¿fueron quizá esos hombres
fueron los otros acaso?
Dímelo tú, Nazareno
dime quién te ha condenado

Y una voz cual suave brisa
desde sus labios llagados
con suspiro jadeante
de sangre, sudor y barro
se escucha en el silencio:

- Déjalos ya, insensato.
¿Eres tú mejor que ellos?
¿Estás libre de pecado?

Con tu avaricia y tu ira
con tu soberbia y tu enfado
con tu egoísmo cobarde esta
corona has trenzado, cada
espina que se clava
es una ofensa al hermano
a ese al que no perdonaste, al
que has abandonado,
al que olvidas dar el pan de
la escucha y el amparo

¡Déjame Señor, no sigas!
pues por vergüenza aparto
de mis ojos tu mirada
más te pido con mi llanto
que nunca apartes de mí
tus ojos ensangrentados.

No sufras más, no te rindas
no te sientas desolado
que llevo tu nombre escrito
en la palma de mis manos,
con las que curé al ciego con
mi saliva y el barro; con las
que cogí el pan para
quedarme a tu lado para
hacerme tu alimento tan
sencillo, tan sagrado.

Prepárate con tu cruz,
únela a la mía y vamos a
recorrer el camino
de la vida y de los años.
Tendrás tres, no, más caídas,
pero al mirar a tu lado
sentirás que hay quien ayuda,
quien te levanta en sus brazos y
quien te mira a los ojos
con cara de enamorado.

No tengas miedo, soy Yo
quien en mi madero amarro
tus peores desatinos
tus lamentos más amargos
tus sinsentidos y penas
tus miedos y desencantos; y
camino decidido
con paso firme y descalzo
sintiendo sobre mis hombros que
antes de nacer te he amado, que ha
merecido la pena,
que me doy por bien pagado
cuando miras a la Cruz
y te sientes perdonado.

Apenas unas horas antes, mientras cenaba con sus discípulos, trasladó al cenáculo el sacrificio del Calvario y se quedó para siempre con nosotros. Altar y Cruz, Cruz y Altar, Cuerpo partido, Sangre derramada. En el Calvario, la locura de Dios por los hombres llegó a su extremo y en Cristo reventó de amor. Se hizo al mismo tiempo, sacerdote, víctima y altar y reconcilió al hombre con su Dios. Al Creador son su criatura en una nueva alianza sellada con la Sangre del Hijo. Por su mente y su corazón pasamos cada uno de nosotros en este momento sublime y terrible. Cada uno de nosotros fue amado por Dios, en Cristo, en el madero santo de la redención. No hay palabras

para describir este momento... Todo está cumplido. Tiembla la tierra, se nubla el cielo... El amor de Dios ha vencido al mundo. Ha llegado el momento del amor sin medida. Nada más. Todo está cumplido.

Después se hizo el silencio
del drama en el Calvario;
¡Qué caridad la de Dios!
¡Con razón tres veces santo!
que, en el momento sublime
del cielo oscuro y pardo,
el del dolor infinito,
el del velo ya rasgado,
en tu último suspiro
nos dejas como tesoro
como tu bien máspreciado a
María como Madre
y tu cuerpo en el Sagrario.

¡Qué decir, mi Nazareno
mi Jesús enamorado,
si en tu cruz siento mi anhelo
unido a ti por los clavos!
Quiero ya vivir contigo no
fallar en este encargo de
serte fiel cada día,
de servirte en el hermano,
de ponerme ante tu Cruz y
reconocer postrado
que sin caridad no soy
más que un cacharro barato y
si en algo me glorío
no es nada mío, eso es vano
pues mi gloria y mi consuelo
eres Tú, crucificado.

Atrás quedaron los lamentos desgarrados del Calvario, atrás los gritos y los flagelos, los clavos y las espinas, la lanzada y el velo rasgado. Es la hora del silencio, la hora de la espera. El corazón de María Dolorosa ha sido traspasado por la espada del dolor. Queda el Sepulcro sellado y la soledad de María en un llanto sereno y una mirada al cielo en cuyo interior resuena la Promesa del Hijo. María, en silencio, contempla y adora... Como en Nazaret, como en Ain Karem, como en Belén, como en el templo, como en Egipto, como en Caná, como en la Vía Dolorosa, como en lo alto del Calvario... María contempla en su corazón, espejo del de su Hijo, adorando al Dios del Magnificat que derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes. Es la hora de la espera, la hora de la confianza, la hora de los creyentes, es la hora donde el "todo está cumplido" cobra un

sentido de confianza y seguridad en la fe, de reconocerse pequeño en lo visible ante la grandeza de lo invisible.

Acompañar a María en su dolor es querer ser pañuelo de las lágrimas serenas que acarician sus mejillas; es querer llorar con ella; es poner el corazón y el alma dentro de su corazón de Madre para con ella vivir en la oscuridad de la Noche, con mayúsculas, el Paso del Señor: la Pascua. Pero, sobre todo, acompañar a María al hacerse el silencio de Dios, es poner suavemente bajo su manto los cansancios y fatigas de cada día; es ofrecer en cada suspiro hecho oración anhelos, inquietudes, ruegos y plegarias. Mientras, María, sostiene en sus manos el Rosario detrás de cuyas perlas se esconden los dolores y sufrimientos, los llantos y lamentos de toda la humanidad y de sus manos llegan a su corazón de Madre y de él, en directa conexión al corazón ardiente de Cristo. Por eso...

Qué envidia me dan Señora
las cuentas de tu rosario que
mimas y que deslizas que
proteges en tus manos.

Contemplando la pureza
De tu rostro inmaculado
mi voz se hace oración
y sólo pido tu abrazo.

Déjame llorar contigo
y acompañarte en tu llanto y
acariciar tus mejillas
y acurrucarme a tu lado
y buscar siempre el cobijo
cual niño bajo tu manto.

Me miras profundamente
me levantas del letargo aún
puedo ver en tus ojos a mi
Dios crucificado
hecho escarnio entre ladrones
sus manos y pies clavados
agonía, sudor y sangre
el costado traspasado
los flagelos, la corona, la
cruz y los salivazos.

Tres lágrimas se desprenden
de tus ojos sollozando
mas cada una cayendo lleva
un misterio grabado: El

hágase en Nazaret
En Caná sean sus mandatos
Silencio corredentor
de pie firme en el Calvario

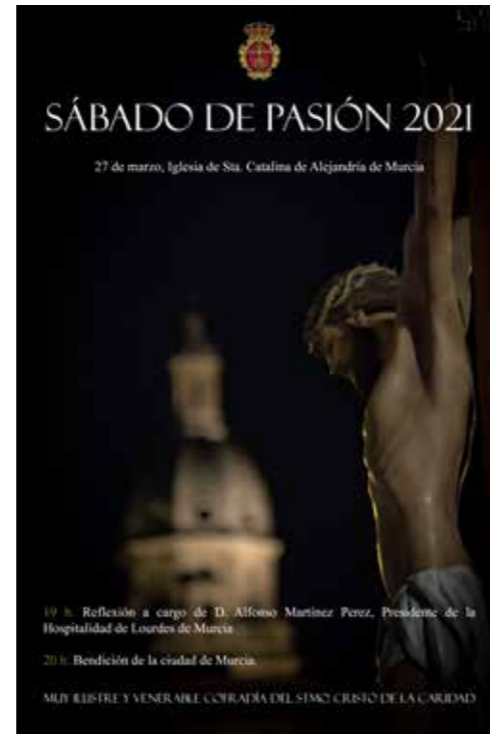
Y ahora Dulce Señora
cuando todo es culminado
cuando pasó la hora nona
con Dios mismo sepultado
viene pues tu gran lección la
del saber esperar
la Palabra del Amado.

Todos a tu alrededor
se sienten abandonados
se esconden y sienten miedo
otros están defraudados
mientras tú pasas las horas en
el silencio, rezando
pues sabes que la promesa no
culmina en este sábado y la
última palabra
no es de muerte ni pecado
sino de vida y victoria:
de Cristo Resucitado.

Te damos gracias Señor por tu amor. Te bendecimos y adoramos en el Santísimo Sacramento del Altar y queremos poner en tu presencia a tantos hermanos nuestros que están pasando momentos de especial dificultad fruto de la actual pandemia que asola el mundo. En tus santas llagas ponemos a todos los enfermos, a sus familias que viven momentos de preocupación y sufrimiento. Bendice Señor a cuantos en estos momentos ayudan a cuidarlos con su asistencia, su compañía y fraternidad. Ilumina con tu Santo Espíritu a los investigadores y a los profesionales de la sanidad que trabajan cada día para paliar los efectos en los hermanos; asiste Señor a aquellos que se encuentran en el trance de la muerte y concede a todos los difuntos el descanso de la luz y de la paz.

Derrama Señor tu bendición sobre nuestra Cofradía, sobre todos sus miembros, sobre toda la ciudad de Murcia y sobre el mundo entero. Te lo pedimos a ti que vives y reinas, inmortal y glorioso por los siglos de los siglos. Amén.

Laus Deo



Los imagineros Juan y Sebastián Martínez Cava.

Alejandro Romero Cabrera
Historiador del Arte

Desde la primera década del siglo XXI nuestra ciudad de Murcia cuenta con unos imagineros de la tierra, jóvenes, que han venido a coger el testigo de la estética levantina y murciana rococó, para depurarla, mantenerla viva y darle continuidad en el futuro. Se trata de los imagineros Juan y Sebastián Martínez Cava, quienes, desde su taller del murciano Barrio de San Antón han sacado ya infinidad de piezas que llenan de devoción, religiosidad y belleza las casas de numerosos murcianos, de personas también de fuera de nuestros límites regionales, de clausuras conventuales, de iglesias y templos... Se puede decir que son unos artistas noveles, pero que se han imbricado con gran fuerza y rapidez en el sentir general del pueblo fiel, de los amantes del arte religioso, de los cofrades.

Pero todo evoluciona y, al igual que la Primavera irrumpe tras el Invierno con sus colores y aromas, así también los Hermanos Cava han irrumpido en el panorama de la imaginería de madera a tamaño natural con unas obras que han tenido una gran repercusión a nivel nacional y que son la muestra de la larga y exitosa carrera que les aguarda.

Los comienzos de Juan y Sebastián en el mundo de la imaginería se deben a su pasión por los pasos procesionales que ellos admiraban desde pequeños y luego, con barro, se empeñaban en reproducir a tamaño reducido. Ese empeño fue lo que sacó a la luz el gran don artístico que Dios les ha dado. Y ese empeño fue el que les llevó a perfeccionar cada vez más estas reproducciones y a empezar a ser muy conocidos por ellas, ya que debido a la absoluta fidelidad al original que conseguían, han sido y siguen siendo muchos los clientes que quieren tener en su casa la reproducción exacta de la imagen de su devoción. El Cristo del Perdón, la Samaritana, el Cristo de la Sangre, Nuestro Padre Jesús, la Dolorosa de la Esperanza, la Dolorosa de Barqueros, la Virgen Gloriosa... y un largo etcétera de grandes imágenes han sido reproducidas por los Cava, siendo esta faceta la que les introdujo en el mundo artístico y les dio a conocer.

Desde sus inicios, y también en la actualidad, han venido prestando una gran delicadeza y atención al mundo de los belenes, pero tratados no como figuras artesanas seriadas, sino siempre como obras artísticas únicas y exclusivas, siendo numerosas las casas de murcianos y de fuera de la Región que cada Navidad exponen nacimientos modelados por nuestros escultores.

Juan y Sebastián, siempre acompañados por su hermano Bartolomé, como buenos hijos de Dios que son, nunca han desaprovechado su talento y, siempre de forma autodidacta, lo han ido explotando cada vez más hasta llegar en estos últimos años a la hechura de grandes imágenes de madera, tanto exentas como en conjuntos escultóricos. La sorprendente calidad técnica y compositiva de sus obras grandes les ha llevado a hacerse su propio hueco en este mundo e incluso a ganar premios, como el nacional de escultura de la web "La Hornacina", por su gran conjunto escultórico para Lorca "Nuestra Señora de la Aurora", una imagen que ha calado muy hondo en

el sentir de los cofrades de su Hermandad de Auroros y que ha supuesto la entrada triunfal de los HH. Cava en el mundo de la imaginería a gran tamaño.

Otras numerosas obras de tamaño natural o casi natural han ido saliendo de su taller, pero ha habido una que en este pasado año 2021 ha creado una expectación inusitada en la vecina Provincia de Almería, como es el gran conjunto escultórico de la “Glorificación de San José y el Niño Jesús” que les encargó la Asociación de fieles almeriense “Providentia”, la cual fue presentada por la Diputación Provincial y el Ayuntamiento, bendecida por el Obispo en la Catedral y nombrada por la Diócesis y la Diputación como “Patrono, custodio y protector de la Provincia de Almería”.

Otras grandes obras, como las imágenes de la Inmaculada y San José para el Seminario Menor de nuestra Diócesis, el Cristo del Rescate para Cehegín o la Divina Pastora para Lorquí, han cosechado también grandes éxitos y se han introducido con total rapidez en el sentir de los fieles que las cuidan y veneran

Y todo esto es así porque, además de la contrastada valía artística de sus obras, estas desprenden una tremenda unción religiosa y espiritual. No podía ser de otro modo, siendo como son personas de una fuerte y acendrada fe religiosa. El amor a Dios, a la Virgen y a los santos que sienten en su interior es el acabado perfecto para sus obras, algo esencial si se quiere llegar al corazón de los fieles y no permanecer únicamente en la belleza estética que puedan tener. Las obras de los Martínez Cava no se acaban con las veladuras, pátinas, modelados o detalles policromos. Sus obras encuentran su culmen con la profunda religiosidad que va impresa en cada línea de composición, en cada golpe de gubia, en cada pincelada, en cada lámina de oro que las ilumina.

Es muy importante remarcar a la hora de tratar sus obras, el empeño que han tenido siempre de adscribirse a la estética de finales del barroco y plenamente rococó (e incluso neoclásica) de la escuela murciana salzillesca y levantina. Siendo muy especialmente destacable que lo han hecho depurándola, añadiéndole la patente finura formal con la que ellos entienden las imágenes sagradas y todo un amplio abanico de composiciones totalmente novedosas y propias, que vienen a enriquecer aún más el amplio abanico artístico de la imaginería murciana.

Su obra también destaca por el especial mimo y cuidado que ponen en aspectos de nuestra tradición imaginera que muchas veces se han dejado de lado o no se han valorado en su justa medida, como es la creación y empleo de los estofados y los aditamentos. Dibujos de brocados dorados, lágrimas, pestañas, pelucas, guirnaldas y pomos de flor, ornamentos textiles, orfebrería... todo lo hacen ellos o lo diseñan, y todo lo cuidan con una suma exquisitez, recuperando así la importancia de estos elementos para acercar todavía más una imagen sagrada (muy diferente de una escultura sin más) al corazón de los fieles que la contemplan y veneran. Las últimas coronas de espinas para el Cristo del Perdón y para el Cristo de la Paciencia de esta Cofradía de la Caridad, son buena muestra de ello.

Que el Cristo de la Caridad y su Madre Dolorosa les den largos años de fructífera y exitosa carrera.



San José-031. Hnos. Martínez Cava. J.Zamora MED



Aurora HH. Martínez Cava-J.Zamora



Foto Martínez Cava



San José-031. Hnos. Martínez Cava. J.Zamora MED



Virgen Aurora-049. Hnos. Martínez Cava-J.Zamora